

- quiero y que soy rico. ¡No te rías, Laya!
 ¡Nunca te he querido tanto como ahora que me enseñas los dientes al reírte!
- LAYA Ya te he dicho que venía á darte malas noticias. Mañana nos vamos del monte. Me ves por última vez. Nos vamos al pueblo, á nuestra casa.
- GERV. ¡No... Laya!
- LAYA ¿Qué?
- GERV. ¿No ves que es igual, que yo también he de bajar al pueblo?
- LAYA ¡Bah! Cuando tú bajas... Quizá ya entonces me sirvan de defensa unos puños más fuertes que los tuyos!
- GERV. ¡Laya!... ¡Vuelve en tí, Laya! Tú no me conoces: había de ser mi hermano, mi mejor amigo, y ni sangre ni amistad habían de valerle. ¡Mía ó de nadie!
- LAYA ¡Paso! (Se coloca el cántaro á la cabeza y va á pasar. Gervasio le corta el camino.) Y no grites, porque me espera mi padre á la revuelta del camino. ¡Paso! (En el momento de pasar Laya por delante de Gervasio, éste hace un movimiento. Laya se vuelve y le contiene con el gesto. Cuando está en la última revuelta se vuelve, diciendo á Gervasio:) Me había equivocado, Gervasio, no está mi padre, debe esperarme en casa.
- GERV. ¡Laya! (Echa á correr. Laya hace caer á sus pies un terrón de tierra y arrojándosela, dice:)
- LAYA ¡Atrás! (Gervasio coge un puñado de ella y levantando el brazo en alto, exclama:)
- GERV. ¡Pues lo dicho: mía!...
- LAYA (En el fondo.) O de nadie. ¡Já, já!

Música

¡Oydá!
 Vé y cuenta á la oveja tus cuitas, pastor,
 ¡oydá!
 que amor es tan solo regalo de amor.

TELÓN

CUADRO PRIMERO

Se representa en la escena la habitación que en las casas de campesinos catalanes hay en el primer piso. Es grande y capaz. Las vigas siguen la dirección del tejado. A un lado el hogar y la mesa y la alhacena con enseres de cocina y cacharros de loza amarilla. Hacia el fondo, la habitación tiene un boquete que da á una balconada de madera con arcos de mano de obra. Esta balconada se abre sobre campos de trigo. Se ve á lo lejos la montaña. Un cielo purísimo de mañana.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la MORRA está sentada al lado del hogar, desplumando un pollo. Canturrea canciones sueltas. Al cabo de algunos segundos entra LAYA.

- LAYA ¿Qué haces, la Morrria?
- MORRA Desplumar pollos: buen oficio, que quita fachenda y descubre sustancia. ¿Ves tú? sin plumas no hay gallo que mienta. ¡Si se pudiera hacer lo mismo con los hombres!
- LAYA ¡Mujer!
- MORRA ¿Y tu padre?
- LAYA Quedó en casa. Cada día el pobre viejo tose más. Ya por sus fatigas nos bajamos del monte... y aun así...

- MORRA Los viejos no se cansan nunca de bajar. . hasta que se meten en la tierra. Ese es su fin.
- LAYA (Provocando una explicación.) Oye.
- MORRA ¿Qué?
- LAYA ¡Te necesito, la Morra!
- MORRA ¡Pues explicatel!
- LAYA Pero... de esto... (Hace signos de que debe guardar el secreto.)
- MORRA ¡Quita allá! que el callarme es mi vicio.
- LAYA Tú sabes que hace tres semanas bajamos del monte con mi padre, y tú sabes por qué bajamos...
- MORRA ¡Demasiado lo sé!
- LAYA De tiempo atrás conocía yo á Climentón, tu amo, y nos queríamos. Pero, cuando llegué al pueblo y á las primeras palabras que tuve en reposo con él comprendí que el de la fuente...
- MORRA Gervasio.
- LAYA era su hermano, me entró por el alma un mal presentimiento y vine á hablar contigo la Morra...
- MORRA ¡Y yo te dije que rompieras por todo y que le explicaras la verdad á Climentón!
- LAYA Pues no lo he hecho. Tengo miedo. Además, ¿qué iba ganando con hablar? Poner en zozobra á Climentón hasta que llegara Gervasio. Faltaban tres semanas todavía... y luego, ¿qué?... La verdad de lo pasado no me ofende á mí. Pero si yo la digo, Gervasio va á volverla del revés, y Climentón acabará por creer á su hermano, que siempre damos fe á lo que más daño nos hace.
- MORRA Pues, ¿qué piensas?
- LAYA Que el propio Gervasio explique la verdad á Climentón.
- MORRA No lo hará nunca.
- LAYA ¿No llegan dentro de poco los pastores?
- MORRA Pues... ¡antes del mediodía Gervasio ha dicho á Climentón lo que yo quiero que le diga.
- MORRA ¿Y Climentón?
- LAYA De Climentón me encargo yo, ocurra lo que

- ocurra. Hoy vengo á hablarte á tí para que me pongas al tanto de Gervasio. Yo no sabía, pero... (Con intención.) Dicen por el pueblo...
- MORRA (Con desaliento.) ¡La verdad decían hasta que me explicaste todo aquello! Que Gervasio era mío y que yo era de Gervasio. Desde que pasó le que pasó en el monte, veo que no, ¡y por mi sangre que me pesa!
- LAYA (Insistiendo.) Pero dicen más por el pueblo... Háblame en confesión, La Morra.
- MORRA ¡Si tampoco lo escondo! Brincos me daba el corazón de pensar en su vuelta... ¡De pensar que tendría que decirselo me llenaba de orgullo! Por lo menos unos labios, me decía yo, no me llamarán La Morra... sino ¡la madre!
- LAYA Déjame, pues. Nada nos falta ya, para salirnos con la nuestra. Que venga el lobo del monte: déjale venir, que su codicia ha de perderle.
- MORRA ¡No, déjame á mí! ¡Antes he de hablarle yo para pedirle cuentas!
- LAYA ¿Qué se te alcanza á tí en el llano de las mañas para el cazar que tenemos los del monte? Pedirle cuentas tú es alborotar la caza. Háblale y despierta sus recelos: ¡más pierdes tú que yo!
- MORRA Pues, ¿qué he de hacer?
- LAYA Esperar la caza. El es la fiera: yo el cebo, tú el lazo... ¡No nos falta más que la trampa! (Por la escalera suena la voz de Climentón que grita.)
- CLIM. ¡Laya!
- MORRA ¡Mí amo!
- LAYA Ven esta tarde á mi casa y hablaremos.

ESCENA II

DICHAS, CLIMENTÓN

- CLIM. (Tuerce un poco el gesto viendo á Laya con La Morra.) ¡La Morra! Abajo es menester prepararlo todo para cuando regresen los pastores, que

ya apuntan por la cabeza del camino...
¡largo!
Voy, mi amo. (saliendo por la escalera.)

MORRA

ESCENA III

LAYA y CLIMENTÓN

CLIM. No me gusta, Laya, verte en tratos con La Morra.

LAYA ¿Por qué, Climentón?

CLIM. No es buena... sino que Gervasio se empeña en no hacer caso de lo que dice la gente. Bueno. ¿Empezáis pronto en vuestra casa las faenas del maíz?

LAYA Esta noche.

CLIM. Pues esta noche á tu casa.

LAYA ¿Y las que siguen?

CLIM. Y muy pronto tú á la mía para no moverte ya.

LAYA Si Gervasio quiere...

CLIM. ¿Por qué dices eso?

LAYA Como veo que á ti te interesa tanto el parecer de Gervasio... Has querido que viniera á esperarle, y que nos viera juntos desde el primer momento.

CLIM. Porque estoy ufano de tí... y quiero que se alegre de vernos codo con codo en el marco de la puerta de mi casa. ¡Como que esa es la estampa con que vengo yo soñando hace quince noches!

LAYA ¡Fues haga Dios que tu hermano no me mire con mal aire y encuentre que la estampa pega bien en el marco!

CLIM. ¡Anda allá! ¿Sabes lo que va á pasarle á Gervasio cuando te vea?

LAYA Dí.

CLIM. Que me tendrá envidia.

LAYA ¡Quita! Oye una cosa, Climentón. A ver; ¿serías capaz de casarte conmigo á disgusto de tu hermano?

CLIM. (Como ponderando mucho.) ¡Creo que sí! Pero, ¿cómo se te ocurren esas cosas? Tú no cono-

ces á Gervasio. Ya le verás. No es tan bruto como yo... tiene más enjundia adentro... ¡y habla! No, lo que es si él tuviera que explicarte cosas de amoríos ya verías qué palabras encontrabal Pero yo...

LAYA Tú tienes alma, Climentón, que vale más que todas las palabras.

CLIM. Eso sí.

UNA VOZ ¡Climentón! (Al pie de la balconada.)

CLIM. (Asomándose al barandal.) ¡Anda! ¿Qué es eso?

UNA VOZ Ya llegan los rebaños al alto de la fuente, y el tuyo es el primero.

CLIM. Bueno, bueno, voy bajando

LAYA (Con sobresalto.) (Parecía la voz de Gervasio.) Climentón; oye otra cosa.

CLIM. ¿Qué?

LAYA (Con cierta malicia.) ¿Sabes lo que pienso? Que si Gervasio nos ve juntos desde el principio y sabe que nos vamos á casar de hoy en un mes...

CLIM. ¡Claro!

LAYA Pues claro es también que no va á hablarte con franqueza. ¿Para qué?... Se me ocurre una cosa: no decirle nada; fingir que apenas nos conocemos, que yo estoy aquí por casualidad; porque pasaba por la puerta cuando llegaban los rebaños y entré á verlo. El lo cree... yo de esta manera no me veo atada delante de él... hablo, río, digo lo que quiero... y cuando os quedáis solos, Gervasio, si tú le preguntas con arte, va y contesta: «Tas, tas, tas, esta Laya es una rosa de Mayo», ó «patatín, patatán, ni regalada la querría.»

CLIM. ¡Sí que lo hago! (Encantado.)

LAYA (Con malicia siempre.) Porque hay más. Tú apenas me conoces, y él que es pastor se pasa la vida en el monte, puede saber historias mías. (Inconscientemente.) ¡Que sí, que sí!

CLIM. ¡Muy bien, muy bien! ¿Qué apostamos á que me tienes desconfianzas y te tienta la curiosidad?

LAYA

CLIM. ¡Desconfiar yo de tí!... Si es que estoy seguro de las alabanzas que va á contarme, y ya me tarda el escucharlas.

LAYA (Suspira casi imperceptiblemente.) Pues, ¿hecho el trato?

CLIM. (Se dan las manos.) ¡Hecho... y Dios bendiga los labios que te bendigan! (Gritos aislados abajo del barandal.) ¡Anda, anda! Por ahí pasan los que salen á esperar á los pastores. Voy á decir á las mozas que suban. (Va al barandal y hace gestos de que suban á los que abajo gritan cada vez más. Cesa la gritería al retirarse Climentón del barandal. A Laya.) Y ahora verás. Mientras beben los rebaños en el alto de la fuente, como ya están cerca del pueblo, no echan un trago los pastores sin entonar una mala copla. Los del pueblo les contestan, y todo el aire es una música. (Entran algunas mocitas.)

ESCENA IV

DICHOS y MOZAS

MOZA 1.^a ¡Climentón!

VOCES ¡Aquí estamos!

LAYA (Desde el barandal.) Venid aquí.. Desde aquí se ven. (Rompen á lo lejos los cantos de los pastores.)

CLIM. Tú, Laya, cantarás también.

LAYA No; yo no.

CLIM. Bueno; ya veremos si al final sabes aguantarte. (Mucha animación en el grupo que va siguiendo desde el barandal los movimientos del rebaño.)

Música

(Canto lejano de pastores.)
 Rebaño de casas
 dormidas y quietas,
 el pastor que te ve desde lejos
 ¡qué hermoso te encuentras!

—
 Rebaño de casas,
 levanta, despierta,

que el pastor con los brazos abiertos
 reclama á su oveja.

MOZAS

(En la balconada contestan las mozas del pueblo)
 Pastor que del monte
 no vuelves cansado,
 descansico mejor que las piedras
 te espera en mis brazos.

—
 No vuelvas al monte,
 pastor, esta tarde,
 ó devuélveme el blanco chivito
 que riendo al partir me robaste.

CLIM.

(Se hace una pequeña pausa. La orquesta acompaña discretamente las palabras y la mimica de Climentón.)
 Ahora tú. Vamos, déjala salir, que te está temblando en los labios.

LAYA

Sí que es verdad.

CLIM.

Vamos.

LAYA

Ovejita blanca,
 corderito blanco,
 sol de mis amores,
 no me tardes más.
 Que las noches negras
 y las penas negras
 castigo del alma
 matándome están.

¡Ay! si tengo el hogar encendido,
 ¿por qué nadie quiere sentarse á mi hogar?
 ¡Ay! si el alma se viste de fiesta,
 ¿por qué su alegría no ha sido verdad?

—
 Ovejita blanca,
 corderito blanco,
 sol de mis amores,
 ¿cuándo brillarás?

PASTORES

—
 Levanta, despierta,
 que el pastor con los brazos abiertos
 reclama á su oveja.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hablado

MOZA 1.^a Vuelven á andar.
 CLIM. Mira, Laya; quiero que veas cómo doblan la última vuelta del camino para entrar en el pueblo.
 MOZA 1.^a ¡Ya nos ven!
 CLIM. ¡Gervasio!... ¡Allá va Gervasio!... ¡Mirale, acaba de entrar en el pueblo. (Climentón coge á Laya por la cintura y extiende el brazo señalando.) ¡Qué alto es y bravío en medio de los otros! ¡Abajo, abajo, á abrazarles!
 MOZA 1.^a (gritando.) ¡Que ya llegan! ¡Mira, que ya llegan! (Macha bulla y gritaría. Se abalanzan algunas mozas á la puerta y retroceden gritando.)
 MOZA 1.^a ¡Gervasio! ¡Ya está aquí Gervasio!
 MOZA 2.^a ¡A ver! ¡aparta!
 CLIM. ¡Mirale! ¡Gervasio! (Abre los brazos para recibirle en ellos.)

ESCENA V

DICHOS y GERVASIO

GERV. ¡Climentón! (Entrando en escena. Se abrazan.)
 MOZA 1.^a ¡Bueno!... Y nosotras á lo nuestro. Que todas tenemos faena de abrazar esta mañana.
 MOZA 2.^a ¡Adiós, Climentón!
 MOZA 3.^a ¡Bien venido, Gervasio! (Salen las mozas formando un pelotón tumultuoso. Laya, desde que Gervasio ha entrado en escena, ha dejado el barandal y ha ido acercándose al pastor poco á poco y sin que éste se fijara en ella, perdida como aparece entre las otras mozas. Cuando desaparece la última por la puerta, Laya, golpeando el hombro de Gervasio, dice con cierta intención.)

ESCENA VI

LAYA, CLIMENTÓN y GERVASIO

LAYA ¡Bien venido, Gervasio!
 GERV. (Volviéndose como herido de un rayo al oír la voz de la muchacha.) ¡Tú aquí, Laya!
 LAYA (Retrocede un poco sonriendo. En seguida, para que Gervasio se contenga.) Sí, Gervasio. Mira tu hermano qué asombrado está de que nos conozcamos...
 GERV. (A Climentón, dominándose.) Sí; del monte...
 LAYA No sabía yo que fuera éste tu hermano; le conozco mucho.
 CLIM. (Oivándose del disimulo.) ¡Qué alegría! porque entonces...
 LAYA Sí, es verdad; la mitad del camino está ya hecho.
 CLIM. ¡Claro!
 GERV. ¿Cómo del camino?... ¿De qué camino?... ¿de qué se trata?
 CLIM. ¿Se lo digo?... (Casi entregándose.)
 LAYA (Perfectamente dueña de sí.) No. Yo te lo diré, Gervasio. Decía tu hermano que está muy descontento de la Morra... (Gervasio hace un ademán imperceptible.) Quiere echarla. ¿Y sabes lo que se le ha metido á tu hermano en la cabeza?... Pues que venga yo á la casa en lugar de la Morra. Como tengo al padre enfermo, he de afanarme yo por él... Y lo único que le hacía frente á Climentón... era tu llegada; porque decía: «Gervasio quiere mucho á la Morra; además, no te conoce, no tendrá confianza en ti.» Ya ves. Y ahora resulta que nos conocemos, y que la mitad del camino está ya hecho, ¿verdad, Climentón?
 CLIM. Sí que es verdad. (Disimulando con cierta torpeza.)
 GERV. Pues de todo hablaremos con mi hermano; y va por delante, que me huele á rosas la noticia, Laya.
 CLIM. Bueno, pues ahora...

LAYA Ahora, Gervasio va á explicarte cómo nos conocimos en el monte... que también tiene gracia, ¿verdad?

GERV. No recuerdo.

LAYA ¡Sí! ¿recuerdas?... En la fuente... Que te lo cuente, Climentón. ¡Que esa sí que es historia curiosa de la Laya! (Climentón se pone un poco ceñudo.)

GERV. ¿Te vas, Laya?

LAYA Tengo que dar la comida al viejecico. ¡Ah! una cosa: nada de lo dicho, Gervasio, si la Morra no sale contenta de la casa. Por nada del mundo quiero ser motivo de perjuicio para ella. ¡Porque yo también la quiero, y de verdad!

GERV. (Un poco extrañado.) Bueno, Laya.

LAYA Adiós, Climentón.. y hazte explicar cómo nos conocimos. Lo dicho, Gervasio. (Dándole la mano.)

CLIM. Pues á la tarde te diré si me ha divertido el cuento.

LAYA Hasta la tarde, pues. (Sale. Gervasio no puede contenerse y acude al barandal para despedir á la Laya. Climentón, ya decidamente intrigado, observa á Gervasio, que está visiblemente apasionado en los adioses que se supone dedica á la Laya. Los celos paralizan en el sitio á Climentón.)

ESCENA VII

CLIMENTON y GERVASIO

GERV. ¡Ah! (Al salir del barandal se restrega la manos y tiene un suspiro de satisfacción.)

CLIM. La muchacha lo vale, ¿verdad?

GERV. Poco me esperaba este recibimiento yo... ¡te lo juro!

CLIM. Habiais quedado mal en el monte, ¿verdad?

GERV. Ni mal, ni bien: no quiso oirme.. Pero á las mujeres ni el diablo las entiende, Climentón.

CLIM. Ni el diablo, Gervasio.

GERV. Y ésta es más mujer que todas juntas.

CLIM. ¿Por la estampa lo dices?

GERV. Y por la malicia. Tú no sabes...

CLIM. ¡Dil!

GERV. ¡Y los veinticinco días que he pasado yo en el monte lleno de ira y mordiéndome los puños!

CLIM. Te quiere.

GERV. No lo sé. Tres veces la he visto: la primera en una fuente. Estaba ella de espaldas, me acerco, y... le caía en la cara un rayo de sol que estaba poniéndose: toda ella parecía de oro... no puedo aguantarme y la beso. (Movimiento terrible de Climentón.) Ella escapa, dándome un empujón que me derriba por el suelo. La otra vez que la he visto fué para decirme que dejaba el monte y que me despreciaba. La tercera, hoy... y por mi vida te juro, que me ha estado mirando con amor hasta que la perdí de vista.

CLIM. ¡Mientes!

GERV. ¿Qué? (Transición.)

CLIM. ¡Que mientes, Gervasio! ¿Que estás mintiendo! ¡Que en tu vida has dicho mentira como esa!

GERV. ¿Por qué? (Muy serenamente, comprendiendo el mal paso que acaba de dar.)

CLIM. Porque yo la quiero. ¡Ea!

GERV. ¿Y hablo yo de tí? También la quiero yo: si esa es razón y voluntad, me sobra para llevar adelante mi cariño.

CLIM. ¡Gervasio... eres pastor, como Caín!

GERV. Pues no olvides que Caín era el más fuerte.

CLIM. ¿Amenazas?

GERV. Para no darte tiempo á tí de amenazarme. Y olvidaba decirte que la segunda vez que vi á Laya en el monte, le juré que había de ser mía ó de nadie. (Climentón va á abalanzarse sobre Gervasio. Luego haciendo un esfuerzo supremo, extiende el brazo y grita livido.)

CLIM. ¡Vete!

GERV. Conste que tú has querido la guerra. (Mira á su alrededor. Luego da un paso, descuelga un azadón que hay al lado del hogar y echándose al hombro avanza hacia la puerta. Climentón lucha un momento.)

- CLIM. ¡Gervasio! (Gervasio sigue adelantando.) ¡Hermande! (Gervasio vuelve la cabeza.) ¿á dónde vas?
- GERV. A fuera. Acabas de echarme. Puedes hacerlo. Eres el amo. Fuimos hermanos hasta que murió mi padre. Desde entonces eres tú el dueño. No me quejo. Una mujer nos juntó, porque nacimos de ella: otra mujer nos separa. El que más pueda que la logre. ¡Adiós!
- CLIM. ¡No! ¡mientras yo viva, no! Mira, Gervasio, ha sido un arrebato que ha pasado ya. No te marches. Después de todo, ¿cómo no va a dejarme por tí, si soy un bruto? Mira, Gervasio; una sola cosa te pido: que ella decida. Todavía no sabemos quién ha de pasar por esta puerta.
- GERV. (Haciendo descansar la azada en el suelo y respondiendo á Climentón de mala gana.) ¿Y tardaremos mucho en averiguarlo?
- CLIM. Pocas horas: esta tarde. (Pausa.)

ESCENA VIII

DICHOS, LA MORRA. Entra ésta con la cara entre alegre y temerosa

- MORRA ¿Queréis comer?
- GERV. (Con vivísimo desprecio.) Ni quiero comer, la Morra, ni quiero verte más en esta casa.
- MORRA ¡Gervasio! (Con angustia.)
- CLIM. Gervasio, paciencia hasta la tarde.
- GERV. Paciencia... ¿por qué? Yo no sé si la Laya me quiere ni me importa. Pero sé que la quiero y que he dicho que será mía.
- CLIM. (Con mucha intención.) ¡O de nadie!... Llegado el caso, también sabe Climentón hacer sus cosas aunque no las diga. (Gervasio queda un poco atemorizado. La Morra sigue sollozando. Climentón va á la mesa, hace con el cuchillo una cruz en el pan y lo parte en tres pedazos.)

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Estamos en la pequeña huerta de la casita de Andrés y Laya. A la derecha, uno de los costados de la casa: en primer término, la puerta que da entrada á ésta por la huerta, y en segundo término una ventana adornada con flores. La huerta está cercada por el fondo con media tapia rústica; una puerta viejecita que se abre en esta tapia da entrada á la huerta. Al lado izquierdo, en primer término, un pozo: detrás y encima del pozo, un emparrado con muy pocas hojas. Algunos árboles. Pegado á la casa, un trozo de tierra blanda que el viejo tío Andrés cava perezosamente. Son las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA

LAYA y ANDRÉS

- LAYA (Asomando á la puertecita de la casa.) Pero, padre, ¿son estas horas de estar en la huerta? ¿Sentará usted la cabeza alguna vez?
- ANDRÉS (Soltando la azada con mucho disimulo.) Hija, si no hago nada...
- LAYA (Llegando al sitio donde su padre trabaja.) ¿Y esto? (Con la azada en la mano.) ¿Y toda esta tierra... no está recién removida? ¿No me da en las narices su olor de fortaleza?... ¡Y que no ahonda usted poco por la gracia de Dios! ¡No hay mozo labrador en todo el llano capaz de meter la azada en faena con tanto ahinco!